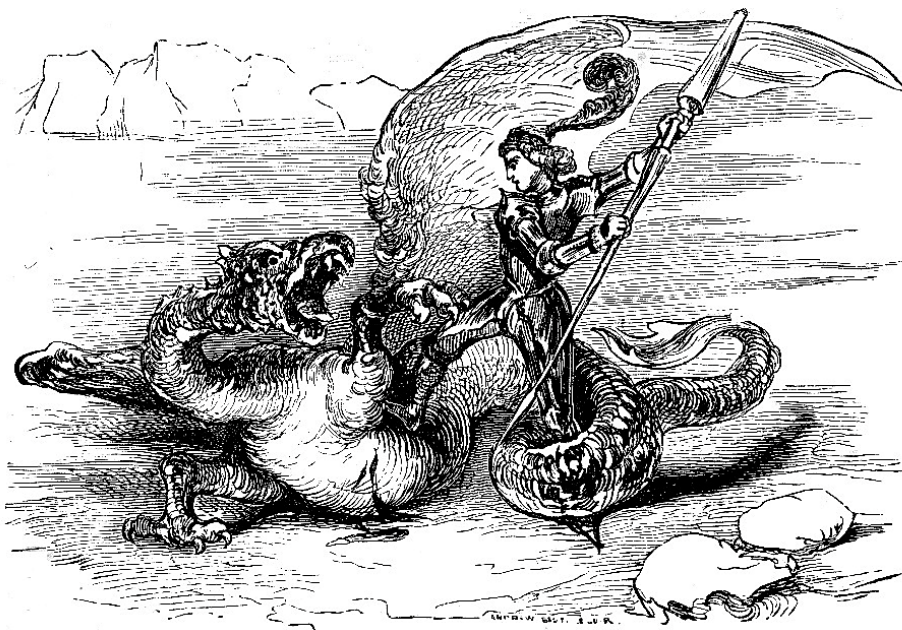




## ENDRIAGOS Y VESTIGLOS



**D**ON Quijote era ávido lector de libros de caballerías, motivo por el cual Cervantes alude varias veces a estos seres en la novela. Las más graciosas se leen en boca de Sancho hablando con su esposa y con su amo:

Y advertid, hermana, que... no vamos a bodas, sino a rodear el mundo y a tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y a oír silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados. (dQ2-5)

Y advierta, señor, que ayer o antes de ayer... canonizaron o beatificaron dos frailecitos descalzos cuyas cadenas de hierro con que... atormentaban sus cuerpos se tiene ahora a gran ventura el besarlas... Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas que dos mil lanzadas, ora las den a gigantes, ora a vestiglos o a endrigos. (dQ2-8)

En todo libro de caballerías, el valeroso protagonista sale vencedor de la batalla con alguna bestia horripilante y feroz que atemoriza a todo un territorio. En *Amadís de Gaula* (libro favorito de don Quijote y «el primero de caballerías que se imprimió en España») se nos describe a Endriago, el hijo del gigante Babanguido con su hija Babanguida, temible mezcla de hombre, león y grifo, que habitaba en la Isla del Diablo:

Tenía el cuerpo y rostro cubierto de pelo, y encima tenía conchas sobrepuestas unas sobre otras, tan fuertes, que ninguna arma las podía pasar, y las piernas y pies eran muy gruesos y recios, y encima de los hombros tenía alas... que hasta los pies le

cubrían, ...de un cuero negro... velloso, tan fuerte, que ninguna arma las podía empecer, con las cuales se cubría como si fuese un hombre con un escudo, y debajo dellas le salían brazos muy fuertes, así como de león, todos cubiertos de conchas más menudas que las del cuerpo, y las manos había de hechura de águila, con cinco dedos, y las uñas tan fuertes y grandes, que en el mundo no podía ser cosa tan fuerte que entre ellas entrase que luego no fuese deshecha. Dientes tenía dos en cada una de las quijadas, tan fuertes y tan largos, que de la boca un palmo le salían, y los ojos grandes y redondos, muy bermejos como brasas, así que de muy largo siendo de noche eran vistos... Saltaba y corría tan ligero, que no había venado que por pies se le pudiese escapar; comía y bebía pocas veces, y algunos tiempos ningunas... Toda su holganza era matar hombres o las otras animalias vivas; y cuando hallaba leones y osos, que algo se le defendían, tornaba muy sañudo, echaba por sus narices un humo tan espantable, que semejaba llamas de fuego, y daba voces roncadas espantosas de oír; así que todas las cosas vivas huían ante él como ante la muerte; y olía tan mal, que no había cosa que no emponzoñase. Era tan espantoso cuando sacudía las conchas unas con otras y hacía crujir los dientes y las alas, que no parecía sino que la tierra hacia estremecer. (Cap. LXXIII)

Tan detallada descripción correspondía, como hemos visto, a una criatura concreta, única. En otros libros, los protagonistas se enfrentan a espantosas «sierpes» de piel durísima, dorso espinoso, alas que les permiten saltos cortos, poderosa cola rematada en un agudo espolón, dientes y garras, de modo que bien podrían asimilarse a los dragones de tantas leyendas medievales.

No he hallado una buena descripción de los vestiglos. Los diccionarios no van más allá de «monstruo horrendo»; pero en algunos libros del género caballeresco se los presenta como visiones fantasmagóricas y amenazadoras surgidas del Inframundo o por arte de algún maligno encantador. A uno de estos vestiglos se enfrenta Bramarante en *El Caballero de Febo* tras haber echado por tierra y hecho añicos...

una grande y muy riquísima estatua, toda de oro y piedras muy preciosas..., hecha por arte diabólica de suerte que el Demonio estaba dentro della y hablaba por su boca engañando los tristes y miserables paganos... Y en medio de la tienda pareció un vestiglo tan espantable y pavoroso que bien parecía ser cosa infernal... Echaba fuego por los ojos y por la boca... y...traía... una grande maza de hierro, con la cual hizo muestra de dar a Bramarante sobre la cabeza, como aquel que no tenía poder más de para espantar con aquellos semblantes y visajes. Y de solamente verlo, no hubo... quien no temblase y temiese; que todos pensaron ser destruidos por lo que Bramarante había hecho; mas el superbo bárbaro, que a todos los del Infierno no temiera, con no más pavor que si fuera una delicada doncella lo esperó; y como el vestiglo hizo muestra de darle con la maza, él le tiró un grande golpe con su espada, y pensando haberlo partido por medio, no topó en otra cosa sino... aire, porque el vestiglo, como cosa fantástica, desapareció luego; que no fue visto más en la tienda.

Enrique Suárez Figaredo  
Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan